

Bachelard: vida, imaginación y libertad

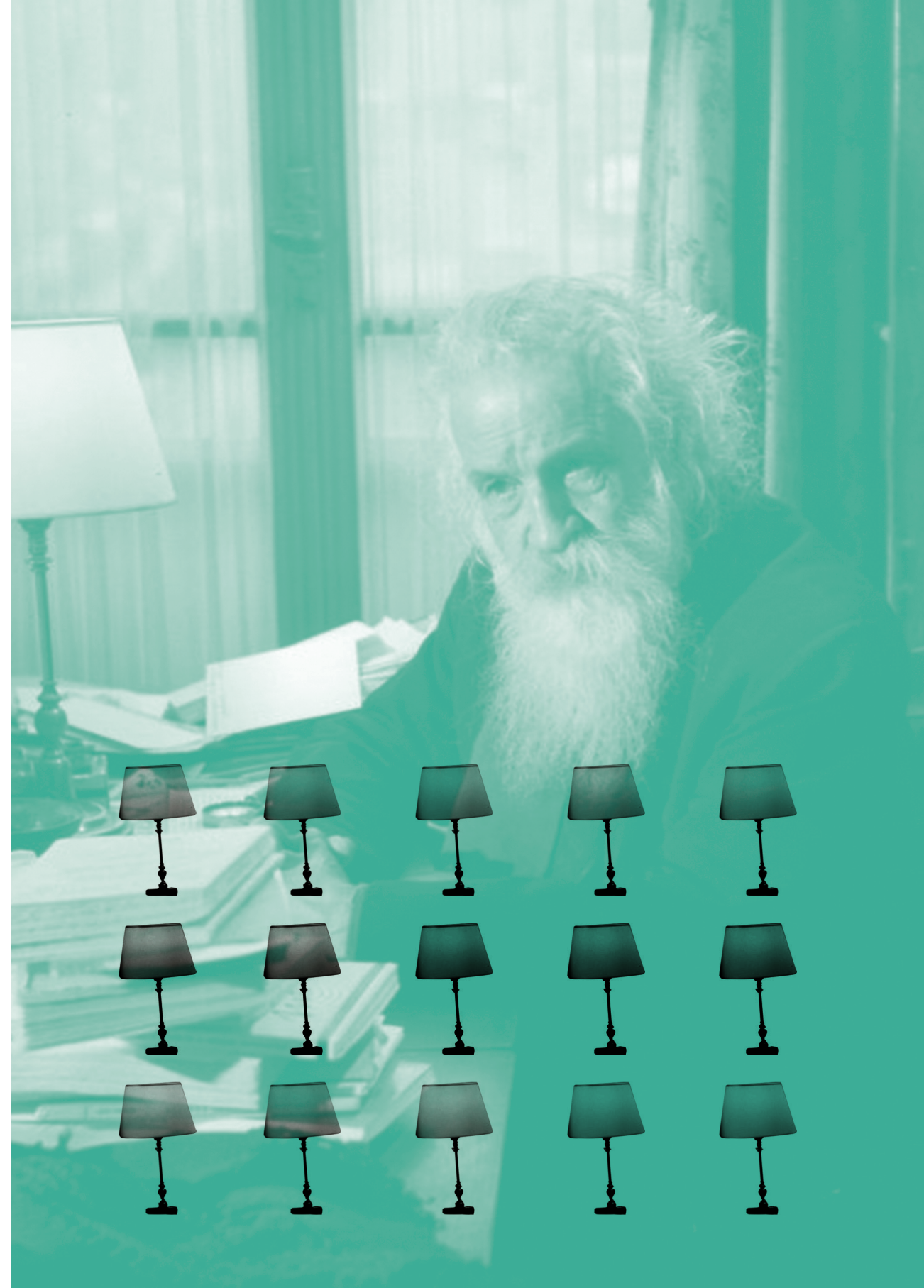
Bachelard: life, imagination and freedom

JOSÉ EZCURDIA

(CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS – UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO – MÉXICO)

Recibido el 21 de abril de 2022 – Aceptado el 20 de junio de 2022

José Ezcurdia es doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona. Los grados de licenciatura y maestría los obtuvo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, donde obtuvo el premio “Norman Sverdlin” por su tesis de licenciatura. Sus áreas de interés son el vitalismo filosófico, la ontología política y la Filosofía para niños. Ha publicado diversos libros y artículos en revistas especializadas, entre los que se encuentran *Spinoza, ¿Místico o ateo? Inmanencia y amor en la naciente edad moderna; Tiempo y amor en la filosofía de Bergson; Cuerpo, intuición y diferencia en la filosofía de Deleuze y La historia de las preguntas ¿por qué? Una Historia de la Filosofía para niños*. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACYT). Es investigador titular del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM y profesor de las asignaturas “Metafísica” y “Problemas de Metafísica y Ontología”, de la propia Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.



RESUMEN: El presente texto tiene como objeto dar cuenta de los rasgos fundamentales de la crítica bachelardiana al mundo moderno a partir de la recuperación de los conceptos de vida, imaginación activa y libertad. Dichos conceptos aparecen como corazón de una ontología a la vez vitalista y materialista, en la que el ejercicio de la libertad se concibe a partir de la relación dinámica y productiva entre el consciente y el inconsciente, en términos de la articulación de un *cogito* de la ensoñación. Para Bachelard, la libertad se constituye como un proceso de verticalización aérea que se articula como marco crítico de un mundo moderno que reduce a la conciencia a los requerimientos meramente sensorimotrices de una cultura ordenada en una creciente mecanización.

PALABRAS CLAVE: vitalismo – materia – imaginación – inconsciente.

ABSTRACT: The purpose of this text is to account for the fundamental features of the Bachelardian criticism of the modern world, based on the recovery of the concepts of life, active imagination and freedom. These concepts appear as the heart of an ontology that is both vitalist and materialist, in which the exercise of freedom is conceived from the dynamic and productive relationship between the conscious and the unconscious, in terms of the articulation of a *cogito* of reverie. For Bachelard, freedom is constituted as a process of aerial verticalization that is articulated as a critical frame of a modern world that reduces consciousness to the merely sensorimotor requirements of a culture ordered in an increasing mechanization.

KEY WORDS: vitalism – matter – imagination – unconscious.

Bachelard vertebró una ontología y una psicología materialistas en las que la imaginación activa se constituye como registro de experiencia que efectúa la vida de los elementos en el marco de la formación del carácter, en tanto un proceso ascensional y verticalizante en el que se cifra la práctica de la libertad. Una libertad alada, como satisfacción de la transmutación de los elementos como fuerzas vitales en el *cogito* de la ensoñación, es para Bachelard el motor interior de una física de la moral que no desdeña el cuerpo como matraz y atarje de su desenvolvimiento. Bergson, Nietzsche y Jung nutren la física de la moral bachelardiana, que se resuelve como un vitalismo materialista que se levanta como atalaya crítica de la modernidad, cuyo utilitarismo e industrialismo han negado al inconsciente y al cuerpo mismo, en detrimento del ejercicio de la propia libertad en su movimiento creativo y diferencial. Bachelard

aparece como un crítico de la modernidad, y reclama los derechos de la imaginación, en tanto senda de un proceso de espiritualización encarnada en la satisfacción de las potencias del cuerpo vivo.

Revisemos estas concepciones más de cerca.

Para Bachelard la conciencia tiene una base material, dada por la vida de los elementos. Los cuatro elementos –agua, tierra, aire y fuego– se despliegan como fuerzas-afecto que, en el plano de la imaginación activa, son la causa inmanente de una conciencia que se aprehende directamente a sí misma no como esquema o representación, sino como una intensidad que se constituye en su propio movimiento productivo. La materia viva es para Bachelard un plexo de imágenes-afecto que tienen en la conciencia su ámbito expresivo y constitutivo. Bachelard articula una psicología y una fisiología de la imaginación con un fuerte acento materialista, que plantea una interioridad entre la conciencia misma y la vida de los elementos.

Bachelard señala al respecto:

Nos hemos creído autorizados a hablar de una ley de las cuatro imaginaciones materiales, ley que atribuye necesariamente a una imaginación creadora, uno de los cuatro elementos: fuego, tierra, aire y agua. Sin duda, pueden intervenir muchos elementos para constituir una imagen particular. Hay imágenes compuestas; pero la vida de las imágenes es de una pureza de filiación más exigente. Desde el momento en que las imágenes se ofrecen en serie, descubren una materia prima, un elemento fundamental. La fisiología de la imaginación, más aún que su anatomía, obedece a la ley de los cuatro elementos.¹

Ligándose interiormente a una tradición vitalista que tiene como autores fundamentales a Bergson, Nietzsche y Spinoza, Bachelard articula una concepción de la conciencia en la que ésta tiene una fundamental dimensión material. Es la materia-imagen el principio inmanente de la conciencia. La vida de los elementos –agua, aire, fuego, tierra– es la vida de la conciencia. La conciencia como imagen tiene su principio genético en imágenes-fuerza que son la causa inmanente que le otorga contextura y consistencia. La imaginación, en este sentido, es el nexo inmediato entre la materia y la conciencia. La imagen-materia se expresa en una imaginación que es el envoltorio fundamental que

¹ Bachelard, Gaston, *El aire y los sueños*, trad. E. de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 17.

contiene a una conciencia constituida no como esquema o representación, sino como vida. La ontología es para Bachelard una fisiología de la materia, en tanto cuerpo de la imaginación. La vida es imagen que florece como una conciencia que tiene un alma material.²

Para nuestro autor, la tarea filosófica por excelencia es la determinación de la estructura interna de la conciencia, en tanto expresión de la vida que se afirma como causa inmanente y material. La satisfacción de una conciencia que amplía su base existencial a partir de la incorporación de su principio material vivo es objeto de una reflexión filosófica, que no se detiene ante un mero formalismo que reduce la conciencia al espacio de la representación. La filosofía en este sentido se emparenta con la poesía, pues tiene como preocupación la apertura del espíritu a su principio genético. La filosofía cultiva una imaginación dinámica y material, que es el fundamento de la comprensión y cumplimiento del vínculo inmediato de la conciencia con la vida, en tanto afirmación de la vida en la conciencia. La imaginación poética como ontología. La ontología como poesía. La filosofía se vincula con la poesía en el plano de una imaginación material, en tanto una fisiología elemental que rastrea la forma y los meandros de la interioridad entre la *physis* y la conciencia, entre la vida de los elementos y una palabra poética que expresa las potencias del cosmos vivo.³

Bachelard subraya en *El aire y los sueños*:

Esta regularidad se debe a que somos llevados, en la búsqueda imaginaria, por *materias fundamentales*, por elementos imaginarios que tienen leyes de índole ideal tan seguras como las leyes experimentales. Nos tomamos licencia de recordar aquí

² “De este modo, a la vez que asistimos al despliegue de las propuestas contenidas en el discurso de Bachelard se nos revela su oposición a las prácticas reductoras o suplantadoras de la imagen tales como los psicologismos o más ampliamente las teorías tecnicizadas o intelectualistas esforzadas en una explicación causal –elaborada entre mediaciones– del acontecimiento singular e irreductible que es la imagen”, Puelles Romero, Luis, “La fenomenología de la imagen poética de Gaston Bachelard” en *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, Vol. 3, 1988, pp. 335-343, p. 342.

³ “Como método de descripción del estudio de la imagen, la fenomenología cumple su cometido: hacer, de manera previa a toda teorización, que los fenómenos aparezcan a la conciencia tal cual aparecen, vehiculados por la ensoñación de palabras (una novedosa manera de leer poesía). Pensaba el filósofo Champenois que no es a partir de un saber como se puede soñar de veras, sin reservas: «soñar en una ensoñación sin censura». Para que la imaginación aparezca en toda su dimensión de fenómeno humano, hay que admirarla con anterioridad en la imagen; «la imagen sólo se estudia mediante la imagen»: soñando las imágenes tal como se reúnen en la ensoñación”, Sánchez, Miguel Ángel, “Bachelard o la metafísica de la imaginación. El pensamiento bifloro” en *Pensamiento y Cultura*, N° 5, octubre 2002, pp. 59-67, p. 61.

algunos librillos recientes en los que hemos estudiado, con el nombre de imaginación material, esta asombrosa necesidad de “penetración” que, más allá de las seducciones de la imaginación de las formas, se propone pensar la materia, soñar la materia, vivir en la materia, o bien –lo que viene a ser lo mismo– materializar lo imaginario.⁴

Asimismo suscribe:

La labor del poeta es activar ligeramente las imágenes para cerciorarse de que el espíritu humano actúa en ellas humanamente, para cerciorarse de que son imágenes humanas, imágenes que humanizan fuerzas del Cosmos. Entonces va uno a la cosmología de lo humano. En lugar de vivir un ingenuo antropomorfismo, entregamos el hombre a las fuerzas elementales y profundas.⁵

La poesía expresa el registro material de la conciencia que en la vida de los elementos encuentra su principio constitutivo. El cosmos, en su dimensión psíquica y material, es la causa eficiente de una palabra poética que hace de sus imágenes el fundamento inmanente del cumplimiento de un incremento existencial. El vitalismo materialista bachelardiano, toda vez que rastrea la arquitectura material de la conciencia en la vida de los elementos, encuentra en esa vida material el corazón de una imaginación dinámica y una poesía que son el resorte de la plenificación de la conciencia en tanto expresión de un cosmos vivo dotado de una esencia psíquica. Cosmos, imaginación y poesía aparecen como momentos de la fisiología de la materia en tanto ontología de la conciencia.⁶

Es en este contexto que Bachelard da cuenta de la libertad, justo desde la perspectiva de una ontología y una psicología materialistas. La libertad tiene lugar en el movimiento de una imaginación dinámica y una intuición en la que el vínculo de la conciencia con la vida de los elementos se resuelve en una sublimación aérea de éstos, que se endereza a la vez como un proceso creativo y como la conquista de una autonomía moral. La imaginación dinámica es el movimiento de

⁴ Bachelard, Gaston, *op. cit.*, p. 16.

⁵ *Ibid.*, p. 57.

⁶ “Sin embargo, aunque la imaginación está profundamente ligada al inconsciente personal del soñador, desde el punto de vista de su contenido es *material*, porque es la materia la que gobierna a la forma, las imágenes adventicias centran su atención, en primer lugar, en lo orgánico, vinculado íntimamente al cosmos”, Solares, Blanca, “Notas sobre la imagen en Gaston Bachelard” en *Gaston Bachelard y la vida de las imágenes*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, 2009, p. 116.

sublimación o desmaterialización de la materia en términos de una espiritualización que aparece como un proceso ascensional. El paso de lo pesado a lo ligero es expresión del ejercicio de la libertad en tanto la vida de los elementos que se toma a sí misma y se afirma como causa de sí. La conquista del aire es el trabajo de la imaginación dinámica que lleva las potencias de la vida de los elementos a la esfera diáfana y ligera de la libertad.

Bachelard apunta al respecto:

En fin, todo elemento que adopta con entusiasmo la imaginación material prepara, para la imaginación dinámica, una sublimación especial, una trascendencia característica. Suministraremos la prueba de lo que hemos dicho, a lo largo de este ensayo, siguiendo la vida de las imágenes aéreas. Veremos que la sublimación aérea es la más típica sublimación discursiva, ya que tiene los peldaños más evidentes y regulares. Va seguida de una sublimación dialéctica fácil, harto fácil. Parece ser que vuela y rebasa la misma atmósfera; que un éter se le brinda siempre para que deje sus pies al aire; que un algo absoluto perfecciona la conciencia de nuestra libertad.⁷

De igual modo señala:

¿Es necesario subrayar que, efectivamente, en el reino de la imaginación, el epíteto más cercano al sustantivo aire, es el epíteto libre? El aire natural es el aire libre. Convendrá, pues, que desdoblemos la cautela, ante una liberación mal experimentada o vivida, ante una adhesión demasiado súbita a las lecciones del aire libre, del movimiento aéreo liberador...⁸

La sublimación aérea implica un poder de transformación que da cuenta de la libertad como expresión del carácter dinámico de la materia. El elemento aire, que da textura y contenido efectivo a la libertad, supone justo una ascensión que reclama el paso de lo pesado a lo ligero, de lo denso a una transparencia que manifiesta la conquista de la autoconciencia. La sublimación de la materia en la libertad es un proceso ascensional en el que la desmaterialización de la materia misma en el espíritu, es un espíritu materializado en un vuelo alado. Ascensión, sublimación y superación son el triunfo de un espíritu que, venciendo la pesadez de la obligación moral y la

⁷ Bachelard, Gaston, *op. cit.*, p. 18.

⁸ *Ibidem.*

tiranía de las pasiones tristes, se eleva al vuelo ligero e inmaterial de una conciencia que conoce su plenificación.⁹

El ejercicio de la libertad se resuelve en una verticalización que es la dimensión interior de toda valoración activa. Lo malo y lo bueno, como coordenadas axiológicas fundamentales, van de la mano de lo bajo y lo alto, de lo pesado y lo ligero, en tanto afirmación de una verticalización en la que se ordena la transmutación de la materia en conciencia. La verticalización es el movimiento concomitante de una conciencia aérea que se desembaraza de las afecciones pasivas y reflejas propias de la moral heterónoma, y puede dar lugar a una valoración que expresa el cumplimiento de las potencias creativas de la materia viva que se articulan en el despliegue de la imaginación activa. Materia, imaginación y verticalización constituyen la trama interior de una capacidad de juzgar que despliega el movimiento ascensional y alado de una conciencia libre.¹⁰

Bachelard suscribe:

Sentiremos entonces que hay movilidad de imágenes en la proporción en que, simpatizando por medio de la imaginación dinámica con los fenómenos aéreos, seamos conscientes de un alivio, de una alegría, de una ingravidez. Una verticalidad real se presentará en el seno mismo de los fenómenos psíquicos. Dicha verticalidad no es una metáfora vana, es un principio de orden, una ley de filiación, una escala a lo largo de la cual se experimentan los grados de una sensibilidad especial.¹¹

De igual modo anota:

⁹ “Sólo la imaginación posee la fuerza para compensar la faz sombría de la existencia y acercarnos al sueño feliz; estructura la voluntad de vivir y conjura las tinieblas si se simpatiza a través de su esquema dinámico con los fenómenos aéreos, si se sigue a las fuerzas dinámicas sugeridas por las imágenes de la *verticalidad*”, Solares, Blanca, *op. cit.*, p. 130.

¹⁰ “En principio, el beneficio inmediato que obtenemos de la poesía es que con ella nos transformamos, nos trasmutamos. Bachelard decía que «a algunos poetas solitarios les está reservado el vivir en estado de metamorfosis permanente». Y justamente sus reflexiones sobre lo humano apuntaron a ver que, en el hombre, el valor de lo bello no puede ser reproducido; en primer término, tiene que ser producido. En este sentido encontró que el lenguaje es existencia, es posibilidad de descubrimiento; no está para reproducir el mundo sino que lo produce expresándolo, ensoñándolo. Para Bachelard, en el lenguaje, la vida misma del hombre pasa al modo de existencia de la vida nombrada. Una voluntad de imaginar se propone, entonces, en el hombre y el soñador de palabras muestra (no demuestra) desde ya que la vida poética es más que la vida”, Sánchez, Miguel Ángel, *op. cit.*, p. 60.

¹¹ Bachelard, Gaston, *op. cit.*, p. 20.

De todos modos esas imágenes tienen un poder singular: dominan la dialéctica del entusiasmo y de la angustia. La valoración vertical es tan esencial, tan segura, su supremacía es tan indiscutible, que el espíritu no puede desviarse de ella si ya la ha reconocido en su sentido inmediato y directo. No se puede prescindir del eje vertical al expresar los valores morales. Cuando hayamos comprendido mejor la importancia de una física de la poesía y de una física de la moral, llegaremos a esta convicción: toda valorización es una verticalización.¹²

La verticalización es el establecimiento del eje axiológico en el que tiene su realización el movimiento ascensional de una materia que afirma el elemento aéreo. La ingravidez que implica la libertad es una verticalización que vence la inercia del eje horizontal, constituido por afecciones tristes, pasivas. La verticalización expresa el entusiasmo que acompaña la afirmación de la materia en el registro de una intuición vertebrada en afecciones activas. Toda capacidad de juzgar supone una verticalización que le otorga contenido material a la creación de valores. El juicio moral es expresión de una verticalización donde tiene lugar la libertad en tanto física de la moral. Alegría, alivio y entusiasmo aparecen como rasgos de una conciencia que afirma una verticalidad que es el pilar psíquico y material de la libertad.¹³

Bachelard subraya que la libertad tiene un acento diferencial, dado por el carácter dinámico y productivo del propio movimiento ascensional que implica la transmutación de la materia viva en conciencia. La libertad es necesariamente dinámica, y ese dinamismo se erige en el motivo capital que otorga consistencia a la propia verticalización en la que se constituye. La libertad es una verticalización que se concibe no como una cosa hecha, sino como un proceso sostenido que se resuelve en una promoción de singularidades. La libertad se ordena no en la satisfacción de un universal o una forma predeterminada, sino en un proceso creativo. La libertad como física de la moral reclama una producción inmanente de lo bueno y no la aprehensión de un Bien trascendente que se determinase como su causa ejemplar. La libertad goza de la densidad ontológica y la

¹² *Ibid.*, p. 21.

¹³ “La imaginación material del aire describe este psiquismo poético de la ligereza, el aliento, el soplo. Es el elemento sutil por excelencia; así es el alimento de los espíritus de una extrema delicadeza y elevación”, Lapoujade, María Noel, “Mito e imaginación a partir de la poética de Gaston Bachelard” en Solares, Blanca (ed.), *op. cit.*, p. 52.

propia contextura afectiva que implica el propio proceso en esencia diferencial en el que se despliega.

Bachelard apunta al respecto:

Finalmente la vida del alma, todas las emociones sutiles y reprimidas, todas las esperanzas, todos los temores, todas las fuerzas morales que comprometen un porvenir, tienen una diferencia vertical en toda la acepción matemática del término. Bergson dice en *La pensée et le mouvant* que la idea diferencial leibniziana o más bien la idea de fluxión newtoniana fue sugerida por una intuición filosófica del cambio y del movimiento. Creemos que se puede concretar más y que el eje vertical bien explorado puede ayudarnos a determinar la evolución psíquica humana, la diferencial de valoración humana.¹⁴

De igual manera apunta:

Para conocer a fondo la vida ulterior de las emociones sutiles, la primera investigación consiste, a nuestro juicio, en determinar en qué medida nos alivian o nos entorpecen. Es su diferencia vertical positiva o negativa lo que designa mejor su eficacia, su destino psíquico. Formularemos, pues, este primer principio de la imaginación ascensional: entre todas las metáforas, las de altura, de elevación, de profundidad, de rebajamiento, de caída, son metáforas axiomáticas por excelencia.¹⁵

El proceso diferencial que da contenido al movimiento aéreo y ascensional de la imaginación material bachelardiana se realiza en una transformación de carácter cualitativo. El paso de lo pesado a lo ligero es el despliegue de una cualidad peculiar que expresa justo la vida y la afirmación activa de los elementos en una imaginación activa que es en esencia creativa. La libertad goza de un carácter diferencial que da lugar, no a la repetición de diferencias de grado que se hacen inteligibles a partir de parámetros exteriores a su propio movimiento productivo, sino a diferencias de naturaleza, que se afirman en una producción inmanente de singularidades. La verticalización como dimensión interior del juicio moral es un movimiento diferencial. La relación dinámica entre *physis* y conciencia tiene lugar en una imaginación que aparece como una intensidad creativa.

¹⁴ Bachelard, Gaston, *op. cit.*, p. 20.

¹⁵ *Ibid.*, p. 21.

Bachelard pone de realce el carácter onírico de la vida elemental. Es en la supresión de una conciencia refleja, atada a los requerimientos instrumentales del mundo, donde se hace patente el carácter inconsciente y la tensión productiva en la que se vertebran las fuerzas elementales que son su principio genético. La imaginación activa, al verse liberada de la tutela del lenguaje y la representación, hunde sus raíces en el inconsciente, para extraer las fuerzas y las imágenes-afecto que otorgan densidad efectiva a una ensoñación diurna que resplandece como vuelo ligero y aéreo.

Nuestro autor señala en este punto:

Hay que entregarse a la vida elemental, a la imaginación del elemento que nos es propio. Esta vida elemental escapa a ese truco de impresiones que es el lenguaje. Sin duda, el silencio y la noche son dos absolutos que no se nos dan en su plenitud, ni siquiera en el sueño más profundo. Al menos debemos sentir que la vida onírica es tanto más pura cuanto más nos libera de la opresión de las formas, y que nos devuelve a la sustancia y a la vida de nuestro propio elemento.¹⁶

Asimismo señala:

La huella dinámica de la ingravidez o la pesantez es mucho más profunda. Marca el ser con más constancia que un deseo fugaz. Particularmente, la psicología ascensional que deseamos exponer nos parece más idónea que el psicoanálisis para estudiar la continuidad del sueño y del ensueño. Nuestro ser onírico es uno. Continúa de día la experiencia de la noche.¹⁷

La imaginación dinámica como plano material del movimiento productivo de la intuición se constituye en el vínculo inmediato de la ensoñación con el sueño nocturno, en tanto afirmación de ese sueño en una ensoñación que es el movimiento *ethopoiético* de un entusiasmo ordenado en afecciones ingravidas. La imaginación dinámica hace las veces de gozne entre el inconsciente que expresa la vida de la materia y el consciente que se endereza como ensoñación poética. Para Bachelard, los sueños de la materia son las fuerzas vivas de una ensoñación diurna que es capital en la construcción del carácter. La palabra poética es el sueño del cosmos que se afirma en

¹⁶ *Ibid.*, p. 39.

¹⁷ *Ibid.*, p. 35.

la libertad del hombre que hace de la conciencia un sueño lúcido, guiado por la producción inmanente de los valores de lo ligero y lo sublime, en tanto núcleo material de su capacidad de autodeterminación.

Bachelard identifica el orden inconsciente con la *physis* o la materia viva. En este sentido, el orden irracional del sueño es fundamental en la promoción de la vida consciente. Es el cosmos la fuente de los afectos puros que aparecen como sostén de una vida psíquica equilibrada, que guarda una relación activa con el orden del lenguaje y la representación social. Los sueños elementales de la infancia o la juventud son el pilar psíquico de una vida adulta en la que el acoplamiento entre inconsciente y consciente es medular en el desarrollo de una imaginación activa que se enfila en un proceso de verticalización. La física de la moral bachelardiana tiene en el inconsciente la causa material y eficiente de una psicología ascensional que otorga sentido a la valoración moral. El vínculo con el infinito del inconsciente es capital en la articulación de un consciente que le da forma a la construcción del carácter como singularidad y proceso diferencial. Infinito y singularidad, inconsciente y consciente, sueño y vigila establecen una correa de transmisión en la ética ascensional bachelardiana, afirmándose como dínamo interior de la propia construcción del carácter como *ethos* o morada.

Bachelard sostiene en relación con este punto:

De acuerdo con nuestra experiencia personal, para dormir bien es preciso encontrar de nuevo el elemento básico del inconsciente. O, para ser exactos, debemos dormir en nuestro propio elemento. Los buenos sueños son los sueños acunados y transportados, y la imaginación sabe de sobra que somos acunados y llevados por algo y no por alguien. En el sueño somos el ser de un Cosmos, nos acuna el agua, nos lleva por los aires el aire, el aire en el que alentamos, siguiendo el ritmo de nuestra respiración. Éstos son los sueños de la infancia o al menos el sueño tranquilo de la juventud cuya vida nocturna recibe con tanta frecuencia una invitación al viaje infinito.¹⁸

El concepto de inconsciente es pieza clave en la psicología ascensional bachelardiana. Los sueños acogen las imágenes semi-

¹⁸ *Ibid.*, p. 51.

nales que germinan en una conciencia que se constituye como capacidad de autodeterminación. Los sueños son la flor de la vida. El cosmos es el motor de una imaginación dinámica que hace de la vida de los elementos el principio del proceso de verticalización diferencial en el que el hombre gana una redención inmanente. *Natura y cultura, physis* y poesía se penetran recíprocamente en el pensamiento de Bachelard, articulando una psicología y una filosofía de la cultura en la que la conversión de la materia en conciencia aparece como divisa fundamental: la poesía y la filosofía, el pensamiento como creación, expresan la *physis* que experimenta una sublimación que da cumplimiento a su dimensión dinámica y productiva.

La imaginación dinámica, según Bachelard, reclama el ejercicio de la voluntad, que otorga consistencia a las imágenes cosechadas en el plano del inconsciente. La voluntad afirma las ensoñaciones que traducen las imágenes-afecto del inconsciente en una personalidad que amplía su base existencial. La voluntad es esencial en el despliegue de la imaginación activa. La ensoñación, sin el concurso de la voluntad, resulta una mera imagen vacía incapaz de concurrir en la formación del carácter. La imaginación sólo tiene un rendimiento existencial en el plano de un voluntarismo que le otorga, al afecto que aquélla provee, una densidad ontológica efectiva. La psicología ascensional bachelardiana supone el ejercicio de la voluntad como componente fundamental de la libertad. Ensoñación y voluntad se determinan en tanto aspectos de una libertad que se concibe como un proceso de verticalización.

Bachelard suscribe al respecto:

No se dará nunca demasiada importancia a este desdoblamiento de la personalidad vertical, y, sobre todo, a su carácter súbito, decisivo. Gracias a este desdoblamiento vamos a vivir en el aire, por el aire, para el aire. Gracias a su carácter súbito, vamos a comprender que la transmutación del ser no es una muelle y suave emanación, sino que es obra de la voluntad pura, es decir, de la voluntad instantánea. Aquí, la imaginación dinámica se impone a la imaginación material: arrójate hacia arriba, libre como el aire, te volverás materia de libertad. Después de este acto de la imaginación heroica viene, como recompensa, la conciencia de hallarse por encima de un universo, por encima de todas las cosas.¹⁹

¹⁹ *Ibid.*, p. 181.

Asimismo subraya:

Sentimos nacer una voluntad de contemplar, que es también una voluntad de ayudar al movimiento de lo que se contempla: la Voluntad y la Representación no son ya dos potencias rivales como en la filosofía de Schopenhauer. La poesía es verdaderamente la actividad pancalista de la voluntad. Expresa la voluntad de lo bello. Toda contemplación profunda es necesariamente, naturalmente, un himno.²⁰

Inconsciente y consciente encuentran, en el ejercicio de la voluntad, el principio a partir del cual se vinculan inmediatamente en una relación dinámica en la que, toda vez que el inconsciente nutre a la conciencia con una carga afectiva determinada, el consciente lleva a cabo la afirmación del inconsciente mismo precisamente en la formación del carácter en el dominio de la verticalización y la sublimación. La voluntad es el resorte que precipita la transmutación de la materia en conciencia. El voluntarismo bachelardiano se resuelve en una física de la moral que es una poética de la existencia. La afirmación querida de la vida elemental de la conciencia es la transmutación de la materia viva en libertad.²¹

Nuestro autor subraya que el proceso ascensional, en el que se ordena la libertad como transmutación de las fuerzas elementales en conciencia, se efectúa en la producción afectiva del cuerpo. Es el cuerpo y la vida de los órganos el atañor donde tiene lugar la génesis de aquellas afecciones aéreas en las que ocurre el proceso ascensional del acto libre. La vida de los órganos es la afirmación de la memoria cósmica que, en el cuerpo, se eleva como espiral alada. El juicio moral cosecha la fuerza material que supone su caracterización como capacidad de autodeterminación, en el movimiento helicoidal de una columna vertebral que, con la guía de las pulsaciones del corazón, eleva la energía animal a un verticalismo espiritualizante. El cuerpo es capital en la articulación de la física de la moral bachelardiana, pues provee a la imaginación

²⁰ *Ibid.*, p. 66.

²¹ “El tiempo bachelardiano de la ensoñación es un tiempo mítico y arquetipal. Es, pues, en el plano del sueño vigilante donde el hombre ritualiza el tiempo, donde «narra» las emergencias de la vida. Aventurándonos a acercarnos la hermenéutica del español Andrés Ortiz Osés con el pensamiento múltiple de Bachelard, diremos que el auténtico cogito del soñador es la «narratio», el relato, narrado por un pensamiento imaginal, de las metáforas del existir libre”, Sánchez, Miguel Ángel, *op. cit.*, p. 65.

activa de los umbrales intensivos y afectivos que se enderezan como libertad.

Bachelard recurre a William Blake, para hacer expresos estos planteamientos:

William Blake es un poeta del dinamismo vertebrado. Tiene todas sus imágenes, vive toda su historia, conoce todas sus regresiones. En el reino de la imaginación, como en la paleontología, los pájaros salen de los reptiles; muchos vuelos de pájaro continúan el andar reptante de la serpiente. Los hombres en su vuelo onírico triunfan de la carne rastrera. E, inversamente, en las contorsiones de nuestros sueños, en ocasiones nuestra columna vertebral se acuerda de haber sido serpiente.²²

El cuerpo es el espacio fundamental del proceso material que otorga a la práctica de la libertad un carácter diferencial. La libertad misma goza de una materialidad dada por la producción afectiva del cuerpo vivo, articulada por la efectuación de la potencia y la memoria de sus órganos constitutivos. El cuerpo es el plexo genético de los afectos activos que nutren la afirmación del acto libre. La libertad no se constituye como la satisfacción de una ley abstracta de carácter universal. La relación dinámica entre inconsciente y consciente que supone la imaginación activa tiene lugar en los huesos y la carne, en el propio movimiento verticalizante de una columna vertebral que, como serpiente emplumada, eleva a la conciencia al elemento aéreo.

El cuerpo, al dar lugar a un proceso de verticalización, satisface una relación productiva entre consciente e inconsciente que Bachelard caracteriza a partir de la teoría junguiana relativa al vínculo entre el *anima* y el *animus*. El *anima*, que es la parte femenina de la psique, es para Bachelard el orden del sueño inconsciente. El *animus*, la parte masculina, corresponde a la ensoñación consciente. El *anima* nutre a la conciencia con los contenidos que ésta ha de sublimar en el vuelo *ethopoiético*. El *animus* permite al *anima* florecer como autoconciencia. Unión de contrarios. Androgineidad. Sueño y ensoñación, deseo y voluntad, femenino y masculino, aparecen como parejas de contrarios que, en la imaginación dinámica, satisfacen un conocimiento de sí que sitúa a la metafísica y la ética

²² Bachelard, Gaston, *op. cit.*, p. 102.

bachelardiana en el suelo más arcaico de la tradición espiritual de Occidente: el cumplimiento de la máxima escrita en el Oráculo de Delfos. Conócete a ti mismo.

Bachelard apunta respecto a Jung:

Para que no hubiese confusión con las realidades de la psicología de superficie, C. G. Jung tuvo la feliz idea de poner el masculino y el femenino de las profundidades bajo el doble signo de dos sustantivos latinos: *animus* y *anima*. Son necesarios dos sustantivos para una sola alma a fin de transmitir la realidad del psiquismo humano.²³

De igual modo suscribe:

El inconsciente mantiene, pues, en nosotros sus poderes de androgineidad. Al hablar de androgineidad, rozamos, con una doble antena, las profundidades de nuestro propio inconsciente [...] Nosotros, que limitamos nuestras investigaciones al mundo de la ensoñación, podríamos decir que, tanto en el hombre como en la mujer, la androgineidad armoniosa conserva su papel, que es el de mantener la ensoñación en su nivel apaciguador.²⁴

La androgineidad como unión de las partes femenina y masculina de la psique es, tanto para Bachelard como para Jung, la articulación de una conciencia perfecta y total que integra las dimensiones consciente e inconsciente de la psique. El vínculo productivo entre el sueño y la ensoñación da lugar a una relación interior entre el conocimiento de sí y la creación de sí, justo en tanto afirmación de los contenidos inconscientes en un voluntarismo inspirado. El cuerpo, a través de la respiración en una columna vertebral erguida, suscita una elevación en la que el vínculo del consciente en el inconsciente –*anima*– y la afirmación del inconsciente en el consciente –*animus*–, se enderezan como una trasmutación en la que tiene lugar la libertad como sublimación. Es la sublimación el maridaje armonioso del *anima* y al *animus*. Femenino y masculino se abrazan en el ejercicio de la libertad.²⁵

²³ Bachelard, Gaston, *La poética de la ensoñación*, trad. Ida Vitale, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 98.

²⁴ *Ibid.*, p. 93.

²⁵ “El espectáculo originario de las fuerzas del cosmos está protagonizado por los cuatro elementos, que se renuevan hasta hoy en el alma del poeta recreándolas sin cesar,

Según Bachelard, el vínculo del consciente en el inconsciente no ha de resolverse en un anonadamiento de la conciencia en el fondo insondable que es su principio genético. El sueño no ha de absorber a la ensoñación al punto de la locura o la muerte. El *anima* no ha de devorar al *animus*. La voluntad es precisamente el principio para otorgar, a la regresión que implica el sueño nocturno, la consistencia que supone una ensoñación diurna que se proyecta como conciencia y libertad. Bachelard subraya la importancia de afirmar un *cogito* de la ensoñación. La *physis* no ha de absorber y negar a un *logos* alado. Es el *logos* alado, el *cogito* de la ensoñación, el fundamento de una imaginación activa que da lugar a la formación del carácter.²⁶

Bachelard señala en relación con este tópico:

Y así hemos llegado a esta distinción un tanto sumaria que, no obstante, debía iluminar nuestras investigaciones. El soñador nocturno no puede enunciar un *cogito*. El sueño de la noche es un sueño sin soñador. Por el contrario, el soñador de ensoñaciones conserva bastante conciencia como para decir: soy yo el que sueña la ensoñación, el que está feliz de soñarla, el que está feliz del ocio en el que ya no tiene la obligación de pensar.²⁷

También suscribe:

Porque el descanso del sueño sólo descansa el cuerpo. No siempre lleva el descanso al alma, sino raramente. El descanso de la noche no nos pertenece. No es el bien de nuestro ser. El sueño abre en nosotros una posada para fantasmas. Por la mañana tenemos que barrer las sombras; a golpes de psicoanálisis hay que desalojar a los visitantes que se van quedando,

pues ellas brotan, como sostiene Carl Gustav Jung, de las más profundas raíces del inconsciente arquetípico”, Lapoujade, María Noel, *op. cit.*, p. 43.

²⁶ “En *La poética de la ensoñación*, texto de 1960, planteó claramente su método de introspección del tipo del sueño meditativo o *Rêverie*. En la ensoñación, el soñador está presente en su ensoñación, es un ego que no se pierde en la mar insondable del sueño profundo. Un nuevo cogito se anuncia para el soñador en el punto donde éste se fusiona con su imagen (sueño, luego existo), un cogito que no está dividido en la dialéctica del sujeto y del objeto. El cogito múltiple del ensueño meditativo no se enfrenta al mundo ni a los objetos, sino que los acoge bajo una lógica sentimental de implicación. El cogito de la ensoñación, al igual que un chamán, reintegra las rupturas del pensamiento analítico para luego reinterpretarlas en una nueva totalidad. Aquí, sanar y ensoñar se confunden al reconciliar-restaurar nuestra dimensión temporal con lo eterno; el ensueño nos instala en el tiempo simultáneo y acausal de las estructuras antropológicas de lo imaginario, así como en los planos mitosimbólicos del pensamiento”, Sánchez, Miguel Ángel, *op. cit.*, p. 60.

²⁷ Bachelard, Gaston, *La poética de la ensoñación*, *op. cit.*, p. 42.

e incluso hacer salir, de lo más profundo, a los monstruos de otros tiempos, al dragón y a la serpiente alada, todas esas concreciones animales de lo masculino y lo femenino, inasimiladas, inasimilables.²⁸

La relación entre sueño y ensoñación ha de conjurar el peligro de una preeminencia del sueño que vacía la producción consciente reduciéndola a una mera emisión ciega de imágenes sin consistencia. El *cogito* de la ensoñación es fundamental en la producción diferencial en la que se constituye la psicología ascensional bachelardiana. La premisa *ensueño luego existo*, si bien tiene su fundamento en una existencia que se concibe como sustancia soñadora, retiene para sí una densidad ontológica efectiva, en el sentido de que el propio sueño o inconsciente, en tanto causa inmanente, sólo encuentra en la ensoñación activa y voluntaria su ámbito expresivo como libertad aérea. Nuestro autor coloca el acento en una ensoñación activa que, en tanto *Natura naturata*, subsume y plenifica al sueño o inconsciente que aparece como *physis* o *natura naturante*.²⁹

Bachelard, toda vez que recupera las junguianas nociones de *anima* y *animus*, hace de Nietzsche una de las fuentes fundamentales de su pensamiento. Bachelard incorpora a su reflexión filosófica un Nietzsche alquimista, en el que el fuego purificador hace patente la experiencia de la transmutación como expresión de un voluntarismo en el cual se cifra la resolución de la estructura trágica de lo real. Eterno retorno y voluntad de poder se conjugan en un fuego cuya tensión y combustión brillan en una redención inmanente que plenifica y otorga consuelo metafísico al desgarramiento del ser. El superhombre nietzscheano es un alquimista que va más allá de sí, y afirma la vida en un movimiento ascensional que conlleva la trasmutación de la materia pesada en

²⁸ *Ibid.*, p. 99.

²⁹ “La fenomenología de la imaginación creadora que Bachelard propone es totalmente activa. No existe, propiamente hablando –piensa Bachelard–, en lo que se refiere a la imaginación, una fenomenología de la pasividad. La imaginación es básicamente actividad, trabajo, «dinamismo intencional». Mediante la intencionalidad de la imaginación, el poeta y su alma encuentran una apertura consciente que lleva a la verdadera poesía. Algo similar le sucede al fenomenólogo soñador de palabras, quien revive el impulso creador del poeta al conectarse con él; afirmaba Bachelard, con un eco del Romanticismo que lo acompañó: «qué gloria de lectura si logro vivir, ayudado por el poeta, conectándome con él, la intencionalidad poética»”, Sánchez, Miguel Ángel, *op. cit.*, p. 60.

una libertad que rinde culto al fuego y se eleva a las alturas inaccesibles de un aire fresco e infinito.³⁰

Bachelard apunta en *El aire y los sueños*:

Un fuego tendido con tanta violencia hacia su contrario posee más carácter dinámico que riquezas sustanciales. En Nietzsche, en cuanto hay fuego hay tensión y acción; el fuego no es aquí el bienestar de un calor como en Novalis. El fuego no es más que un dardo que sube. El fuego es la voluntad ardiente de unirse al aire puro y frío de las alturas. Es un factor de transmutación de los valores imaginarios a favor de los valores de la imaginación del aire y del frío. Comprenderemos mejor estas dialécticas de los elementos imaginarios cuando hayamos demostrado que el frío es una de las cualidades materiales del aire nietzscheano.³¹

De igual modo suscribe:

No meditaremos nunca bastante, en su materia y en su dinamismo, las imágenes nietzscheanas. Nos entregan una física experimental de la vida moral. Interpretan cuidadosamente las mutaciones de imágenes que deben inducir las mutaciones morales. Esta física experimental se relaciona sin duda con un experimento particular, pero no es ficticia ni gratuita, ni arbitraria. Corresponde a una naturaleza encaminada al heroísmo y a un cosmos donde aflora la vida heroica. Vivir el nietzscheanismo es vivir una transformación de energía vital, una especie de metabolismo del frío y del aire que deben producir, en el ser humano, una materia aérea.³²

El superhombre de Nietzsche es, para Bachelard, el emblema de la transmutación de los elementos en el horizonte de una imaginación activa que aparece como causa eficiente de la libertad como gobierno de sí. La libertad resulta ininteligible sin el concurso del motivo de una transmutación, que asegura la propia dimensión

³⁰ “Un tiempo vertical. Un instante absoluto. El tiempo total que todo lo reúne, que todo lo condensa en la intensidad de un solo momento: el de la plenitud. Así, el instante poético es como el instante metafísico: completo, total, absoluto. Un solo instante de vida, que da un sentido a la vida. La concepción filosófica de Gaston Bachelard y la visión poética de Charles Baudelaire coinciden en torno a dos líneas paralelas y fundamentales. El primero, al desarrollar su idea de un tiempo vertical, un tiempo puro, libre de toda referencia. El segundo, al mostrar el mundo de las correspondencias y de la analogía. Un mundo donde fluyen y confluyen, opuestos y contrarios”, Yáñez Vilalta, Adriana, “Bachelard: la poesía como intuición del instante” en Solares, Blanca (ed.), *op. cit.*, p. 19.

³¹ Bachelard, Gaston, *El aire y los sueños*, *op. cit.*, p. 169.

³² *Ibid.*, p. 187.

material que le otorga consistencia: transmutación como autoafectación y como emergencia de una estrella aérea que, toda vez que alberga en su interior el infinito de la voluntad, da lugar a y consume las propias imágenes en las que se expresa su potencia creativa. La fenomenología y la fisiología de la imaginación bachelardiana encuentran en Nietzsche una escuela fundamental, en tanto las doctrinas del eterno retorno, la voluntad de poder y del superhombre trazan la orientación y la significación capitales de la naturaleza de una conciencia que se aprehende a sí misma, bajo la tensión peculiar que supone la experiencia a la vez ígnea y aérea de la libertad.

Bachelard lleva a cabo una crítica a la modernidad fundada en los planteamientos relativos a la física de la moral. El mundo moderno, como un complejo ensamblaje de máquinas y requerimientos meramente sensomotores a la sensibilidad, termina por reducir a la conciencia a la forma de un panel interruptor, desligado por completo de una experiencia inmediata del ejercicio de la voluntad en tanto horizonte de la transmutación de la materia en conciencia. El cuerpo de los hombres de las sociedades modernas aparece no como atañor del que se destila la libertad como elevación moral, sino como engrane de una maquinaria industrial de suyo encaminada exclusivamente a la producción de bienes utilitarios y al consumo. El mecanicismo que sostiene a la revolución industrial termina por vertebrar interiormente a la conciencia humana. La modernidad se desarrolla sobre un inconsciente negado, perdiendo de vista el registro de la imaginación activa en tanto nervio de la práctica de la libertad. El foco, la bombilla eléctrica, al encenderse, extingue la vida del inconsciente y sus resplandores interiores.

Bachelard señala al respecto en *La llama de una vela*:

La bomba eléctrica nunca nos infundirá las ensoñaciones de esa lámpara viva que extrae luz del petróleo. Hemos entrado en la era de la luz administrada. Nuestra función se limita a pulsar el conmutador. Somos un sujeto mecánico de un gesto mecánico. No podemos beneficiarnos de este acto para constituirnos, con orgullo legítimo, como sujetos del verbo encender.³³

³³ Bachelard, Gaston, *La llama de una vela*, trad. Carlos Schilling, Buenos Aires, Cuenco de Plata, 2015, p. 78.

Y más adelante apunta:

Esta página tendrá escaso eco en los fenomenólogos que definen el ser de los objetos por su “utensilidad”. Crearon este término bárbaro para frenar de golpe la seducción que nos producen las cosas. Para ellos, la utensilidad es tan obvia que prescinde de la ensoñación de los recuerdos. Pero los recuerdos profundizan la compañía que nos hacen los buenos objetos, los objetos fieles. Cada noche, a la hora señalada, la lámpara ejecuta “su buena acción” para nosotros.³⁴

Bachelard encuentra en el despliegue de la imaginación activa la actualización de una conciencia que rememora la vida de los elementos, haciendo efectiva su forma como causa material y eficiente de un proceso de espiritualización. La imaginación activa se afirma como una memoria de la *physis*, en tanto fuente de la construcción de un mundo dotado de aura.³⁵ Para Bachelard, la vida moderna y el tupido entramado industrial en el que se constituye se ordenan en el sometimiento de la conciencia a una moral refleja y sensomotora, en detrimento de la aprehensión y la afirmación de la esfera del inconsciente: la utensilidad o el utilitarismo en el que se articula la modernidad se traducen en un desequilibrio de la vida de la psique, que impide la sublimación y la transmutación en la que ésta se realiza bajo la imaginación activa. La modernidad como negación de la vida que se expresa en el cuerpo y la intuición. El progreso tecnológico como una aceleración y mecanización de la vida que da lugar a la negación del destilado y la sublimación alquímica en la que se cifra la práctica de la libertad.³⁶

³⁴ *Ibid.*, p. 79.

³⁵ “La riqueza de las ensoñaciones materiales se arraiga, pues, en la memoria, que confiere a las realidades percibidas una suerte de profundidad temporal. La ensoñación no se limita al contenido presente sino que se dilata hasta reactivar viejas imágenes arquetípicas que le proporcionan una dimensión nueva que rebasa el presente. Lejos de encerrarnos en nuestros estrechos recuerdos individuales, la ensoñación nos remonta a una suerte de recuerdo intemporal, inmemorial, que permite a las realidades inmediatas alcanzar una fenomenología transubjetiva. De manera tal que, el espacio, lejos de aislarnos en el aquí y ahora, incluso con la aureola de nuestras imágenes pasadas, nos da el acceso al ser profundo, liberado de sus encierros y pesadez”, Wunenburger, Jean-Jacques, “Gaston Bachelard y el topoanálisis poético” en Solares, Blanca (ed.), *op. cit.*, p. 104.

³⁶ “Atención: es éste un llamado de alerta y más aún una profunda lección para el hombre contemporáneo hundido hasta el cuello en los detestables usos de la imaginación humana y sus imágenes mediáticas que apabullan a los espectadores desprevenidos con la violencia morbosa, la obscenidad, lo prosaico, lo grotesco y lo banal, como los «valores» puestos en imágenes, con los que se anestesia y deforma la imaginación

Para nuestro autor, el mundo antiguo, a diferencia del mundo moderno, goza de una aura que expresa la relación interior entre la naturaleza y la cultura, entre el inconsciente de la materia y una conciencia que es presa de entusiasmos y furores poéticos que dan cuenta de la producción y afirmación de un *cogito* de la ensoñación. El mundo antiguo anterior a la revolución industrial y la ciencia moderna, apunta Bachelard, cultiva un *cogito* de la ensoñación que se alimenta de un sueño que es el humus en el que florecen el arte y la poesía como concreción espiritual de la física de la moral. De este mundo antiguo, la modernidad sólo conserva ecos y sombras, pues su mirada se encuentra cegada por la luz ciega y repetitiva del progreso industrial y el frenesí tecnológico.

Nuestro autor suscribe:

Pero esas ensoñaciones sobre las cosmogonías de la luz ya no pertenecen a nuestra época. Sólo las recordamos para señalar el onirismo desconocido, el onirismo perdido, el onirismo que a lo sumo se ha convertido en materia histórica, conocimiento de antiguos conocimientos.³⁷

Para Bachelard, el mundo antiguo experimentaba de primera mano la interioridad de la *physis* –la vida de los elementos–, el cuerpo y la imaginación poética. La palabra era el canto vivo de la tierra, elevándose como himno que cantaba las gestas del héroe que se levantaba de sus mil caídas. El mundo del inconsciente y sus partos interiores era experiencia fundante de la cultura del mundo antiguo, otorgándole sentido y significado a la vida de los hombres.

Bachelard apunta en *La poética de la ensoñación*:

Sí, antes de la cultura, el mundo soñó mucho. Los mitos surgían de la tierra, abriéndola para que con el humo de sus lagos mirara el cielo. Un destino de altura ascendía desde los abismos. Los mitos encontraban así de inmediato las voces de los hombres, la voz del hombre que sueña con el mundo de sus sueños. El hombre expresaba a la tierra, el cielo, las aguas. El hombre era la palabra de ese macro-antropos que es el cuerpo monstruoso de la tierra. En los sueños cósmicos primitivos, el mundo es cuerpo humano, mirada humana, voz humana.³⁸

creadora esencial”, Lapoujade, María Noel, *op. cit.*, p. 49.

³⁷ Bachelard, Gaston, *La llama de una vela*, *op. cit.*, p. 80.

³⁸ Bachelard, Gaston, *La poética de la ensoñación*, *op. cit.*, p. 282.

Asimismo suscribe:

Los poetas, en sus ensoñaciones cósmicas, hablan del mundo con palabras primigenias, con imágenes primigenias. Hablan del mundo en el lenguaje del mundo. Las palabras, las hermosas palabras, las grandes palabras naturales, creen en la imagen que las ha creado. Un soñador de palabras reconoce en una palabra del hombre aplicada a una cosa del mundo una especie de etimología onírica. Si la montaña tiene “garganta”, ¿no es porque el viento, antiguamente, habló por ella?³⁹

La poesía en el mundo antiguo, señala Bachelard, es la afirmación y la transmutación de la naturaleza en una cultura que sueña lúcidamente los sueños de la materia en un *cogito* que es libertad. La poesía expresa una libertad cuya forma reside en el impulso vital que supone la afirmación del cosmos como sustancia onírica. La geografía de la tierra es una fisonomía del inconsciente que encuentra en la palabra poética su ámbito expresivo y constitutivo, en términos de una libertad que brilla en la mirada del héroe que construye activamente su destino. El mundo antiguo goza de una naturaleza dotada de signos y símbolos que otorgan sentido a la existencia: la lucha por la libertad como significado fundamental de lo real. La tierra como *antropos* se afirma en el hombre libre como fruto del árbol de la vida. La poesía como creación es la expresión de la naturaleza que se levanta sobre sí misma y experimenta su ascensión al mundo del sentido y la vida moral.⁴⁰

Es en este contexto que Bachelard se refiere al amor como destilado fundamental del trabajo alquímico en el que se constituye la física de la moral. El amor es el contenido central de la transmutación de la materia en libertad. La libertad bachelardiana es amorosa. El amor es la quintaesencia de la libertad, en tanto paso de lo pesado a lo ligero, conversión existencial y transmutación de la materia en conciencia alada.

Bachelard señala al respecto:

³⁹ *Ibid.*, p. 284.

⁴⁰ “En Bachelard, la voluntad de imaginar, esa fuerza vital deformadora se abre, en último término, hacia el bien del hombre para volverlo amistoso y reconciliarlo con la vida y con el cosmos. De ahí que toda conducta verdaderamente humana sea metafísica, siempre que se trate –decía Bachelard– de los poderes de la metamorfosis”, Sánchez, Miguel Ángel, *op. cit.*, p. 67.

He aquí el problema concreto: ¿en qué sentido debe decirse que un sonido se hace aéreo? Es cuando se encuentra en el extremo del silencio, planeando en un cielo remoto –dulce y grande. La paradoja va de lo pequeño a lo grande. Es lo infinitamente pequeño del sonido, la pausa de la armonía de las flores, lo que pone en movimiento lo infinitamente grande del universo que habla. Se vive verdaderamente el tiempo de Shelley en que la luz se trueca en amor, en murmullo de amor. Donde los lirios tienen voces tan persuasivas que enseñan el amor a todo el universo.⁴¹

El amor revela el paso de lo pasivo a lo activo que en el hombre libre encuentra su realización. El amor es el abrazo de un destino querido, pues revela la transmutación de la materia que se espiritualiza y afirma su forma viva. El amor es luz difusiva y participativa que se propaga en el esfuerzo de parirse a sí misma al parir el mundo. El amor es la síntesis paradójica entre libertad y necesidad, en tanto expresión de un voluntarismo inspirado que se levanta como donación y entusiasmo.

Bachelard recurre a Nietzsche para hacer expresos estos planteamientos. El eterno retorno de lo mismo, la voluntad, se afirma en un renacimiento amoroso de la vida que alumbraba un universo ligero, alado, libre:

El nacimiento del sol nietzscheano es el acto de una decisión irrevocable. No es otra cosa que el eterno retorno de la fuerza, es el mito del eterno retorno que se traduce de lo pasivo a lo activo. Y se comprenderá mejor esta doctrina si se inscribe el eterno retorno a cuenta de los despertares de la voluntad de poder. Quien sabe levantarse como un sol, como una sola flecha, sabe lanzar su ser en un destino diariamente reanudado, reconquistado por un joven amor *fati*.⁴²

Asimismo apunta:

Morir por amor, morir en el amor, como la mariposa en la llama, ¿no es como una síntesis entre Eros y Tánatos? El relato de Jouve parece animado a la vez por el instinto de vida y por el instinto de muerte. Estos dos instintos, que Jouve capta en su profundidad y primitividad, no son contrarios. Ese psicólogo de las profundidades que es Jouve muestra cómo ambos actúan en

⁴¹ Bachelard, Gaston, *El aire y los sueños*, *op. cit.*, p. 69.

⁴² *Ibid.*, p. 165.

los ritmos de un destino, en esos ritmos que imponen revoluciones incesantes en una vida.⁴³

El *amor fati* es para Bachelard un destino forjado en el dominio de un voluntarismo cósmico que otorga al héroe una victoria inmanente frente al carácter trágico de la existencia. La voluntad de poder, en tanto eterno retorno de lo mismo, da lugar a un movimiento diferencial cuya cualidad peculiar es una libertad amorosa que se tiene a sí misma como causa y objeto. Afirmación querida. Amor al querer del querer. El amor al destino es el amor a la vida que renace en tanto se supera a sí misma, y se conquista como una suficiencia existencial participativa y comunicativa, que empuja la redención inmanente del cosmos.

El vitalismo bachelardiano encuentra en la experiencia del amor la dimensión más profunda del proceso de verticalización y la elevación en la que se constituye la física de la moral. Cuerpo, imaginación activa y amor se encabalgan en el pensamiento de Bachelard en tanto una ontología y una psicología vitalistas que tienen como preocupación fundamental el tópico de la libertad. La libertad bachelardiana es amorosa. El amor es el núcleo vivo de la libertad. Vivir libremente, para nuestro autor, es vivir con el corazón, en tanto órgano de la vida que encuentra su cabal afirmación justo en el afecto aéreo, ligero, alado, del amor.

El amor es para Bachelard la fuerza que hace inteligible el misterio de la existencia, en tanto en él se cifra el secreto de la transmutación de la muerte en vida, como núcleo de la elevación de la materia en espíritu. El amor es la materia de la piedra filosofal que resplandece como luz y libertad. El amor es para Bachelard la culminación del trabajo alquímico. Y la vara para medir los alcances espirituales de la modernidad y la revolución industrial. El amor es la atalaya para valorar la contextura espiritual de una modernidad que niega la vida en aras del automatismo industrial. La física de la moral bachelardiana encuentra en el amor la causa a la vez material y espiritual de la práctica de la libertad.

⁴³ Bachelard, Gaston, *La llama de una vela*, op. cit., p. 47.

Bibliografía

- Bachelard, Gaston, *El agua y los sueños*, trad. Ida Vitale, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- , *La poética de la ensoñación*, trad. Ida Vitale, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- , *La poética del espacio*, trad. Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- , *La llama de una vela*, trad. Carlos Schilling, Buenos Aires, Cuenco de Plata, 2015.
- , *El aire y los sueños*, trad. Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- , *La tierra y los sueños de la voluntad*, trad. Beatriz Murillo Rosas, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- , *Le droit de rêver*, París, P.U.F., 1993.
- Béguin, Albert, *L'âme romantique et le rêve*, París, José Corti, 1939.
- Durand, Gilbert, *Le décor mythique de La chartreuse de Parme*, París, José Corti, 1961.
- , *La imaginación simbólica*, trad. Carmen Dragonetti, Buenos Aires, Amorrortu, 1970.
- , *Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a una arquetipología general*, Madrid, Taurus, 1982.
- , *Histoire des croyances et des idées religieuses*, París, Payot, 1983.
- , *Figures mythiques et visages de l'ouvre. De la mythocritique à la mythoanalyse*, París, Dunod, 1992.
- , *L'imaginaire. Essais sur les sciences et la philosophie de l'image*, París, Hatier, 1994.
- , *Imágenes y símbolos: ensayos sobre el simbolismo mágico-religioso*, Madrid, Taurus, 1995.
- , *Ciencia del hombre y tradición*, Barcelona, Paidós, 1999.
- , *Lo Imaginario*, Barcelona, Ediciones de Bronce, 2002.

- Eliade, Mircea, *Aspects du mythe*, París, Gallimard, 1963.
- Jung, Carl Gustav, *L'homme et ses symboles*, París, Robert Laffont, 1964.
- Lapoujade, María Noel, "Mito e imaginación a partir de la poética de Gaston Bachelard" en Solares, Blanca (ed.), *Gaston Bachelard y la vida de las imágenes*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, 2009, pp. 33-58.
- Puelles Romero, Luis, "La fenomenología de la imagen poética de Gaston Bachelard" en *Contrastes. Revista Internacional de Filosofía*, Vol. 3, 1988, pp. 335-343.
- Sánchez, Miguel Ángel, "Bachelard o la metafísica de la imaginación. El pensamiento bifloro" en *Pensamiento y Cultura*, N° 5, octubre 2002, pp. 59-67.
- Solares, Blanca (ed.), *Gaston Bachelard y la vida de las imágenes*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, 2009.
- Solares, Blanca, "Aproximaciones a la noción de Imaginario" en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 48, N° 198, septiembre-diciembre 2006, pp. 129-141.
- Wunenburger, Jean-Jacques, "Gaston Bachelard y el topoanálisis poético" en Solares, Blanca (ed.), *Gaston Bachelard y la vida de las imágenes*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, 2009, pp. 89-106.
- Yáñez Vilalta, Adriana, "Bachelard: la poesía como intuición del instante", en Blanca Solares (ed.), *Gaston Bachelard y la vida de las imágenes*, Cuernavaca, CRIM-UNAM, 2009, pp. 17-32.